

# **Jesús el profeta del reino de Dios**

---

*Luis Gutiérrez, S.J.*

Cuando Jesús deja el desierto, cruza el río Jordán y entra en la tierra que Dios había regalado a su pueblo. Era por al año 28 de nuestra era y Jesús tiene unos treinta y dos años. No se dirige a Jerusalén ni se queda en Judea, se va directamente a Galilea, y vivirá en Cafarnaún, junto al mar.

Lleva fuego en su corazón y necesita anunciar a aquellas pobres gentes una noticia que le quema por dentro: "he venido a poner fuego en la tierra" (Luc. 12,49). Cafarnaún es una aldea importante pero no como Tiberíades. Las casas son modestas, sus calles polvorientas, que se convierten en barrizales en tiempo de las lluvias. Su población es judía, a excepción de los cobradores de impuestos y algunos funcionarios y tal vez una pequeña guarnición del ejército de Antipas. Sus habitantes son gente modesta, bastantes campesinos que viven de los productos del campo y las viñas de las cercanías, pero la mayoría vive de la pesca.

Al parecer Jesús simpatiza pronto con las familias de pescadores, especialmente Pedro en cuya casa se hospeda habitualmente. Le dejan sus barcos para moverse por el lago y hablar con la gente sentada en la orilla. Sus mejores amigos son: Simón, Andrés, Santiago y Juan, hijos del Zebedeo. Una de las mujeres que le acompaña hasta el final es Salomé y, también María de Magdalia, curada por Jesús y cautivada por su amor para siempre.

Jesús no se instala. Quiere difundir la noticia del Reino de Dios por todas partes. No es posible construir su itinerario, pero sabemos que recorrió los pueblos situados en torno al lago; visitó las aldeas de la baja Galilea: Nazaret, Caná, Naín y llegó a las regiones vecinas de Galilea: Tiro y Sidón, Cesarea de Filipo y la Decápolis. Evita las grandes ciudades de Galilea como Tiberíades, la nueva y espléndida capital, construida por Herodes Antipas. Cuando Jesús

se acerca a ciudades grandes no entra en ellas sino que se detiene en las aldeas donde se encuentran los más excluidos: gente de paso y vagabundos errantes que duermen fuera de las murallas.

Generalmente va acompañado de un pequeño grupo de seguidores. Cuando se desplaza de una aldea a otra, busca entre los vecinos personas dispuestas a proporcionarles comida y un sencillo alojamiento. Su lugar preferido es la sinagoga o el espacio donde se reúnen los vecinos, sobre todo los sábados. Era el mejor marco para dar a conocer la buena noticia del Reino de Dios. Es el mismo Jesús el que recorre las aldeas invitando a “entrar en el Reino de Dios que está ya irrumpiendo en sus vidas”. Las parábolas e imágenes que Jesús extrae de la vida de estas aldeas vienen a ser “parábola de Dios”.

La curación de los enfermos y la liberación de los endemoniados son un signo de una sociedad de hombres y mujeres sanos, llamados a disfrutar de una vida digna de hijos de Dios. Las comidas abiertas a todos los vecinos son símbolo de un pueblo invitado a compartir la gran mesa de Dios, el Padre de todos.

Jesús ve en esta gente el mejor punto de arranque para iniciar la renovación de todo el pueblo. Estos campesinos hablan arameo, como él, y es entre ellos donde se conservan de manera más auténtica la tradición religiosa de Israel. En las ciudades es diferente, además de arameo se habla también algo de griego, lengua que Jesús no dominaba; además la cultura helenista está allí muy presente. Es muy probable que hay otra razón más poderosa en su corazón. En las aldeas de Galilea está el pueblo más pobre y desheredado, despojado de su derecho a disfrutar de la tierra regalada por Dios. Aquí encuentra Jesús, como en ninguna otra parte, el Israel más enfermo y maltratado por los poderosos, aquí es donde Israel sufre con más rigor los efectos de la opresión.

En las ciudades, por el contrario, viven los que detentan el poder, junto con los colaboradores: dirigentes, grandes terratenientes, recaudadores de impuestos. No son ellos los representantes del pueblo de Dios, sino sus opresores, los causantes de la miseria y el hambre de estas familias. La implantación del Reino de Dios tiene que comenzar allí donde el pueblo está más humillado. La semilla del Reino solo puede encontrar buena tierra entre los pobres de Galilea y solo entre ellos Jesús se siente libre para anunciar el Reino.

La vida itinerante de Jesús en medio de ellos es símbolo vivo de su libertad y de su fe en el Reino de Dios. El no vive de un trabajo remunerado; no posee casa ni tierra alguna; no tiene que responder ante ningún recaudador; no lleva moneda alguna con la imagen del César. Ha abandonado la seguridad del sistema para “entrar confiadamente en el Reino de Dios”. El Reino de Dios se va gestando allí donde ocurren cosas buenas para los pobres.

### **La pasión por el Reino**

Nadie duda de esta información que proporcionan las fuentes: Jesús “fue caminando de pueblo en pueblo y de aldea en aldea predicando y anunciando la buena noticia del Reino de Dios”. Podemos decir que la causa a la que Jesús dedica en adelante su tiempo, sus fuerzas y su vida entera, es lo que él llama “el Reino de Dios”. Es, sin duda el núcleo central de su predicación, su convicción más profunda, la pasión que anima toda su actividad. Todo lo que dice y hace está al servicio del Reino de Dios. Todo adquiere su unidad, su verdadero significado y su fuerza apasionante desde esa realidad. El Reino de Dios es la clave para captar el sentido que Jesús da a su vida y para entender el proyecto que quiere ver realizado en Galilea y, en definitiva, en todos los pueblos.

Es sorprendente que Jesús solo habló del Reino de Dios, no de la Iglesia. El Reino de Dios aparece ciento veinte veces en los sinópticos; la Iglesia solo dos veces en Mateo (Mt 16-16 y 18-17).

Lo señalan todas las fuentes. Jesús no enseña una doctrina religiosa para que los oyentes la aprendan bien. Anuncia un acontecimiento para que aquella gente lo acoja con gozo y con fe. Su objetivo no es perfeccionar la religión judía, sino contribuir a que se implante cuanto antes el añorado Reino de Dios y con él la vida, la justicia y la paz. Jesús tampoco se dedica a exponer nuevas normas y leyes morales. Les anuncia una noticia: Dios ya está aquí buscando una vida más dichosa para todos. Hemos de cambiar nuestra mirada y nuestro corazón.

Aunque Jesús habla constantemente del Reino de Dios, nunca explica directamente en qué consiste. Aquellas gentes que lo escuchaban, de alguna manera barruntaban de qué les estaba hablando, pues conocen que su venida es la esperanza que sostiene al pueblo. Jesús, sin embargo, les sorprenderá cuando vaya explicando cómo llega ese Reino, para quién va a ser buena noticia o

cómo se va a acoger su fuerza salvadora. Al menos tenían a Dios como buena noticia.

El Reino de Dios era un símbolo ya conocido, que recogía las aspiraciones y expectativas más hondas de Israel. Esta esperanza que encontraba en el corazón de su pueblo, Jesús supo recrearla desde su propia experiencia de Dios, dándole un horizonte nuevo y sorprendente. Si bien la expresión literal Reino de Dios no aparece en el Antiguo Testamento, era reciente y de muy poco uso en tiempo de Jesús. Fue él quien decidió usarla de forma regular y constante. No encontró otra expresión mejor para expresar y comunicar aquello en lo que creía.

Jesús desde niño había aprendido a creer en Dios como creador de los cielos y la tierra. Israel se sentía seguro y confiado. Todo estaba en manos de Dios. El pueblo expresaba su fe con júbilo a Dios como rey: "digan a los gentiles, Yahvé es rey". Él gobierna todos los pueblos rectamente. Pero, cuando se estableció la monarquía en Israel, los reyes no respondieron a la esperanza puesta en ellos.

Dios había liberado a Israel de la esclavitud de Egipto para crear un pueblo libre de toda opresión y esclavitud: no habría esclavos entre ellos, no abusarían de los huérfanos ni de las viudas, se tendría compasión de los extranjeros. A pesar de las denuncias de los profetas, el favoritismo de los reyes a favor de los poderosos, la explotación de los pobres en mano de los ricos y los abusos e injusticias de todo género llevaron a Israel al desastre. El resultado fue el destierro a Babilonia. La pregunta que se hacían: ¿Dónde estaba Dios el rey de Israel?.

Los profetas no se dejaron arrastrar por la desesperanza. Dios restauró a aquel pueblo humillado y de nuevo lo libraría de la esclavitud. (Isaías 52,7). Dios sigue amando a su pueblo y le ofrece una vez más su perdón. El pueblo vivía un nuevo "éxodo". Malaquías considerado el último de los profetas pone en boca de Yahvé esta alentadora noticia: "Miren, yo envío un mensajero a preparar el camino delante de mí" (Mal 3-1). Dios libraré pronto a Israel de la opresión de las potencias extranjeras y establecerá en su pueblo la justicia, la paz y la dignidad.

La situación se hizo todavía más desesperada con la invasión de Alejandro Magno y después, con las legiones romanas. Ningún profeta se atrevió ahora a alzar la voz.

Un tiempo después, el grito angustiado de este pueblo oprimido se oyó en medio de unos escritores sorprendentes, los apocalípticos, que lograron mantener viva la esperanza de Israel. El mensaje de estos visionarios terroríficos en sus formas literarias, era esperanzador.

La era tenebrosa de desconcierto que vive el pueblo cesará para dar paso a esta nueva paz y bendición. Sin duda Jesús conocía el libro de Daniel, escritos por los años 168-164 a.C. durante la brutal persecución de Antíoco IV Epifanes. Según Daniel, los reinos opresores son bestias salvajes que destruyen al pueblo de Dios. Pero, después de tanta opresión vendrá un reino humano. Dios quitará el poder de los reinos opresores y se lo entregará a Israel. Los judíos piadosos expresan su confianza en la pronta intervención de Dios, verdadero rey de Israel, que establecerá su reino eterno por medio del Mesías de la familia de David.

### **Ya está Dios aquí**

Jesús sorprendió a todos con esta declaración: "El Reino de Dios ya ha llegado". Su afirmación era demasiado audaz, mientras Israel seguía dominado por los romanos. Los campesinos seguían oprimidos por las clases poderosas, el mundo estaba lleno de corrupción e injusticia. Jesús, sin embargo, habla y actúa movido por una convicción sorprendente Dios está aquí, actuando de nueva manera, su reinado ha comenzado a abrirse paso en las aldeas de Galilea. Esta intervención de Dios, que todo el pueblo está esperando, no es un sueño lejano; es algo real que se puede captar ya desde ahora. En lo más hondo de la vida se puede percibir ya su presencia.

Entre las dudas de unos y el escepticismo de otros, su respuesta es desconcertante: "El Reino de Dios no viene de forma espectacular", ni se puede decir: "Mírenlo aquí o allí". Sin embargo, el Reino de Dios ya está entre ustedes. No hay que andar escrutando en los cielos señales especiales. No hay que pensar en una llegada visible, espectacular o cósmica del Reino de Dios. Cuando Jesús afirma el Reino de Dios ya está entre ustedes, ese Reino no es una realidad íntima y espiritual, sino una transformación que abarca la totalidad de la vida y de las personas. La acogida del Reino comienza en el interior de las personas en forma de fe en Jesús, pero se realiza en la vida de los pueblos en la medida en que el mal va siendo vencido por la justicia salvadora de Dios.

Dios no viene a destruir a los romanos ni aniquilar a los pecadores. Llega a liberar a todos del poder último del mal. Esta batalla entre Dios y las fuerzas del mal por controlar el mundo no es un "combate mítico", sino un enfrentamiento real y concreto que se produce constantemente en la historia humana. El Reino de Dios se abre camino allí donde los enfermos son rescatados del sufrimiento, los endemoniados se ven liberados de su tormento y los pobres recuperan su dignidad. Dios es el "anti-mal", busca destruir todo lo que hace daño al ser humano.

Es curioso observar cómo Jesús que habla constantemente del Reino de Dios, no llama a Dios "rey" sino "Padre". Su reinado no es para imponerse a nadie por la fuerza, sino para introducir en la vida su misericordia y llenar la creación de su compasión.

Esta misericordia acogida de manera responsable por todos, es la que puede destruir a Satán, personificación de ese mundo hostil que trabaja contra Dios y contra el ser humano.

La manera de entender el Reino de Dios que presenta Jesús, no es la que se enseñaba los sábados en la Sinagoga ni lo que se respiraba en la liturgia del templo. Jesús comunica su propia experiencia de Dios, no lo que se repite en todas partes de manera convencional. Jesús no cita las Escrituras para convencer a la gente de la compasión de Dios. Les instruye contemplando la naturaleza o invita a los campesinos a descubrir que la creación entera está llena de su bondad. Dios no se reserva su amor solo para los judíos ni bendice solo a los que viven obedeciendo la ley. Tiene también compasión de los gentiles y pecadores. No es que Dios sea injusto, lo que sucede es que no quiere ver sufrir a nadie. Su bondad no tiene límites, ni siquiera con los malos. Este es el Dios que está llegando.

### **La opción de Jesús**

Dichosos los pobres, los hambrientos, los que lloran... En opinión de los biblistas estas tres formulaciones de las bienaventuranzas que presenta Lucas, serían las palabras auténticas de Jesús. La pobreza designa una situación anómala, contraria al querer de Dios. Es un estado de vida fruto de la injusticia, por eso cuando Jesús declara bienaventurados a estos pobres, no significa que ellos deben sentirse felices por su situación, sino porque esa po-

breza que Dios rechaza tiene que desaparecer con el advenimiento del Reino, cuya concreción específica es la justicia.

Las palabras de Jesús, por otra parte, son una advertencia que hace Jesús a los que promueven y sostienen un orden social absolutamente injusto, en el que vive la gente de su tiempo, y, en general, la gente de todas las épocas, cuando los bienes de la creación son absorbidos por unos pocos, con la consecuencia del empobrecimiento de las grandes mayorías, sumidas en el hambre, dolor y lágrimas.

A muchos cristianos les molesta este lenguaje. Para entender bien el pensamiento de Jesús, partimos de esta afirmación: Jesús no excluye a nadie, anuncia la buena noticia del Reino a todos. Pero esa buena noticia no puede ser entendida por todos de la misma manera. Todos son llamados a entrar en el Reino pero no todos de la misma manera, pues la misericordia de Dios está urgiendo, antes que nada, que se haga justicia a los pobres y humillados. Por eso la venida de Dios es una suerte para los que viven explotados, mientras se convierten en una amenaza para los causantes de esa explotación.

Jesús no propone una teoría sobre la pobreza; tiene ante sus ojos aquellas gentes de su pueblo que viven humilladas en sus vidas sin poder defenderse de los poderosos terratenientes; conoce el hambre de aquellos niños desnutridos; ha visto llorar de rabia e impotencia a aquellos campesinos cuando los recaudadores se llevan lo mejor de sus cosechas. Jesús se encarna en su pueblo sufriente, en los pobres, en los excluidos.

Esa encarnación le ganó el amor de los pobres y el odio de los opresores. Son los pobres los que necesitan escuchar, antes que nadie, la noticia del Reino en medio de su situación injusta. No porque siempre serán ricos como los grandes propietarios, sino porque Dios está ya viniendo para suprimir la miseria, terminar con el hambre y hacer aflorar la sonrisa en sus rostros.. Todos deben tener en cuenta que Dios es el defensor de los pobres. Esta es la fe de Jesús, su pasión y su lucha.

Jesús nunca alabó a los pobres por sus virtudes o cualidades, sino porque están sufriendo injustamente. Dios se pone de su parte, no porque lo merezcan, sino porque lo necesitan. Dios es el buen samaritano de la parábola. Dios acude al que lo necesita;

defiende a los que nadie defiende, porque es amante de la justicia. Un discípulo de Jesús no puede cerrar los ojos ante esta realidad de tantos humanos sufrientes. No se deja engañar por el culto ni por ninguna otra práctica religiosa. Para Dios, lo primero es hacer justicia a los pobres. Pensamiento que queda reflejado en la oración por el rey: (Salmo 72,4. 12-14). “Que él defienda a los humildes del pueblo, socorra a los hijos de los pobres y aplaste al opresor”.

Todas las bendiciones de Dios vendrán sobre él “si libra al pobre suplicante, al humilde y al desvalido, si se apiada del pobre y del débil y salva la vida de los pobres, si los rescata de la opresión y la violencia y considera valiosa su sangre”. Así experimenta Jesús a Dios y nos llama hoy a vivir en ese mismo espíritu. Este salmo está manifestando lo que estamos diciendo de Jesús y nos empuja a trabajar por una sociedad más justa, solidaria e igualitaria; de lo contrario vana será nuestra fe.

#### **Preguntas para la reflexión personal:**

¿Qué me dice a mi persona la opción de Jesús de una vida itinerante como símbolo de su libertad y su fe en instaurar el Reino de Dios?

¿Cuáles serían los rasgos más característicos hoy en día de la vivencia del Reino de Dios, por el que tanto luchó y entregó su vida Jesús.

Si para Jesús lo del Reino de Dios fue la pasión que más anima su actividad ¿qué es lo que me apasiona a mí hoy en la construcción del Reino de Dios.

Si hoy en día se me hiciera la declaración “Ya está Dios aquí” “El Reino de Dios ya ha llegado” ¿a qué me invitaría en lo concreto de mi acción dentro de la obra en la que colaboro?

¿Qué me enseña en lo personal la opción de Jesús de preferir y llamar “dichosos a los pobres, los hambrientos, los que lloran”?  
¿Mis opciones personales van en esa línea y en atención a las personas que así viven la pobreza, el hambre y el llanto?

#### **Preguntas para la reflexión en grupos:**

Todas las obras de la Compañía de Jesús, de una u otra forma, afirmamos que deseamos y buscamos colaborar en la instauración del Reino de Dios en Centroamérica. ¿Esa afirmación que implicaciones tiene para la obra a la que pertenezco?



La Compañía de Jesús trata de hacer un puente entre Justicia y Fe. En toda la opción de Jesús de instaurar “El Reino de Dios” hay un deseo de justicia desde la vinculación con Dios. ¿Cómo se vive esta realidad dentro de la obra a la que pertenezco? ¿Qué rostro tiene Jesús como profeta del Reino de Dios?

Al hacer Jesús una opción por anunciar “el Reino de Dios” también transmite una experiencia de la relación con Dios. ¿Cómo se vive, en la obra a la que pertenezco, la búsqueda de acciones que instauren el Reino de Dios y la apuesta por espacios de experiencias profundas de vinculación con Dios como Padre y Madre?